



# RENTERIA HACE UN SIGLO

Cuando para escribir de un pueblo, siquiera sea tan próximo y conocido como Rentería, no hay posibilidad de establecer contacto con «los más ancianos de la localidad», que todo lo saben y son además ponderados en sus juicios, cabe ir a los archivos y desmenujar viejos legajos aun a trueque de perder el tiempo, ya que los rancios papeles suelen ser avaros de noticias pintorescas. Pero si el tiempo o el temple nos faltan para tales búsquedas humanas o históricas, quienes debemos escribir por oficio —si que él está galvanizado por el afecto y la afición— siempre tenemos a mano ese gran centón de cosas curiosas y además ciertas que es el «Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España» redactado a mediados del pasado siglo por don Pascual Madoz.

Fué Madoz un navarro muy afecto a Guipúzcoa, a quien mucho debe Zarauz ser «playa de moda» y que, metido en política, murió lejos de la patria cuando, formando parte de la embajada española, iba a ofrecer la corona a don Amadeo de Saboya.

Gracias a su «Diccionario» sabemos que Rentería, de la que Garibay dijo ser «pueblo gracioso y apacible», tenía en 1848, 210 vecinos y 1.057 almas con una buena capacidad económica, puesto que la riqueza imponible ascendía a 134.110 reales y el Municipio se había gastado cinco años antes 130.000 en construir la fuente y lavadero del arrabal de la Magdalena.

Hasta 1847, Rentería quedaba a trasmano del Camino Real que de Astigarraga a la frontera pasaba por Oyarzun, pero ese año, según nos anuncia Mellado en su «Guía del viajero en España», se construyó la nueva carretera de Andoain a Irún pasando por Lasarte, San Sebastián y Rentería. A una legua de Donosti y a legua y media de Irún, midiendo con el módulo de la época, la villa se abre al progreso de los transportes, que veinte años más tarde ampliará el sonoro y humeante ferrocarril.

El pueblo amurallado, con sus cinco puertas tenazmente defendidas con heroico empeño contra los ataques de los franceses siempre que la guerra convirtió en soldados a los renterianos, tenía una particular planta urbanística: un óvalo casi perfecto, radiado por siete calles que se unían en el centro donde la Plaza simulaba la pupila de aquel gran ojo que, a vista de pájaro, venía a ser Rentería. Esa Plaza «la hermocean de un lado la Casa Ayuntamiento y del otro la fachada principal de la Parroquia, ambas de piedra sillar arenisca».

Esto de la piedra debió ser prurito de buen gusto entre los vecinos, porque abundaba en las 160 casas y en algunos de los cien caseríos de que se componía la villa y sus aldeanos; y afección antigua la sentida por tan noble material, puesto que durante muchos años no se permitió entrar carruajes por las calles y menos por la Plaza para que, según cuenta Madoz, «no perdiesen la hermosura de su enlosado».

¡Delicioso el silencio de Rentería hace un siglo! ¡Delicioso para la siesta veraniega acunada por el lejano rumor del martinete de la ferrería! ¡Delicioso para la buena digestión de las finas truchas, los suculentos salmones, las sabrosas anguilas que el Oyarzun brindaba a los renterianos! Porque tenía fama la mesa de la villa, complementada por los primores de la huerta y por la caza de corzos y jabalíes, de liebres y perdices, de becadas y codornices que abundaban en los contornos.

Mas el tiempo no pasa en vano. Con los años perdió Rentería intimidad, gracia y hasta diríamos candor de pueblo sencillo, para convertirse en industriosa villa, en trepidante tránsito, en eficiente fábrica...

El poeta diría que «cualquiera tiempo pasado fué mejor». Pero, ¿quedan hoy poetas?

JOSE BERRUEZO